

Los jóvenes pobres son dispensados, por lo regular, de mantenerse á sus expensas ; pero la forzosa condicion de terminar la educacion militar en las filas no se dispensa nunca.

Nadie, en lo absoluto, en clase de paisano puede obtener la de oficial, sino es por los medios establecidos en la ley. Además, y esta regla tambien es general, ninguna promocion se efectúa, sino es por la recomendacion del capitan, el consentimiento del coronel y la aprobacion de los oficiales del regimiento, con lo cual se ha querido probar hasta lo infinito, que el agraciado ha merecido no solo el grado, sino la calificacion de caballero, digno de alternar con los jóvenes, que, en lo sucesivo, serán sus camaradas. Esto da á conocer la razon por qué, la oficialidad alemana, es tan escogida. Todos están obligados á servir en las mismas filas, comenzando como simples soldados, pero no todos encuentran expedita la vía de los ascensos.

Este es un segundo punto, cuya importancia y transcendencias no deben desconocerse: la aceptacion previa por el cuerpo de oficiales, no demanda mas que un ligero exámen para apreciar sus consecuencias. En los demás ejércitos obsérvase una solidaridad vaga entre los oficiales, un espíritu superficial de compañerismo, que hace que cada cual solo se interese por sí propio. Los consejos de investigacion, ó juntas de honor, importan, verdad es, un primer paso en esta vía de la fiscalía mútua y de la solidaridad del honor; pero un paso en falso, un medio represivo y no preventivo, una creacion reglamentaria, que, bien juzgada, no entra por nada en los usos militares, miéntras tanto un

voto previo no venga á crear, por los oficiales mismos, un interés individual de honor en la intervencion de cuánto concierne á la admision de nuevos miembros.

Que las posiciones de oficiales se reservan exclusivamente á la nobleza, como lo creen algunos, es un hecho del todo inexacto y destituido de fundamento. Lo que en esto hay de verdad, es: que la nobleza aspira siempre á esas posiciones, y que sus miembros se esfuerzan en hacerse dignos de ellas, porque en tanto no se cumpla con los requisitos requeridos, no hay medio de obtenerlas, ni tendría nada de particular el caso, poco raro, de que un joven de nacimiento humilde obtuviera lo que la severidad de los reglamentos negara, al mismo tiempo, al heredero de un título de nobleza. Es, pues, evidente, que en materia de ascensos, no hay otro privilegio ostensible que el del merecimiento, en armonía con las reglas establecidas. Añadamos de paso, á propósito de las escuelas preparatorias para las clases subalternas, que si eso fuera todo, los conocimientos del arte, reducidos á tan pequeño círculo, no serían sino una parte demasiado diminuta, para que por sí sola pudiera constituir el complemento de la educacion militar de un gran ejército. Hemos detallado, en el curso de estas páginas, las dos grandes academias militares que posee la Prusia, las cuáles ejercen la doble mision de instruir á los oficiales de las armas especiales, é impartir los mas altos conocimientos de la ciencia á los que se consagran á esta clase de estudios elevados. Ambos planteles gozan de los mismos privilegios y proteccion de las universidades, y observan un plan idéntico en los cursos, por medio de lecturas orales, y de

ensayos escritos al fin de cada término, sobre temas dados de antemano, ó de improviso, en lugar de exámenes verbales. En Prusia se tiene la convicción, de que no es posible obtener una educación superior en el estrecho recinto de las escuelas preparatorias, y que, el servicio práctico y anticipado en las filas, es de todo punto necesario para el estudio serio de los diversos ramos de la ciencia militar. Por otra parte, se cree que el conocimiento del cálculo no es indispensable para formar un oficial, ni pueden esperarse grandes progresos de infinidad de jóvenes, que, tal vez por falta de inclinación ó disposición natural, no son aptos para un estudio que requiere la una, ó las dos cosas al mismo tiempo.

Hay, en fin, un tercer punto, de que el autor alemán, citado en las páginas que anteceden, habla incidentalmente, y que, sin embargo, bajo apariencias de poca monta, oculta una cuestión muy grave. Nos referimos á la suplantación del uniforme por el traje civil, sin más razón plausible que, fuera de los actos del servicio, no hay motivo para mostrar las insignias militares. El hecho referido por el coronel Borbstaedt, respecto de los oficiales franceses, es de una exactitud irrecusable y su origen reconoce dos causas: la una de notoria gravedad, y la otra de conveniencia personal.

La primera, y la más grave, proviene del estado social mismo, producido por el acrecentamiento á toda costa de la riqueza individual, la sed de los provechos, el amor al lujo, la facilidad del reemplazo, etc., cosas todas que se eslabonan, que sofocan fatalmente los sentimientos nobles y viriles, que atraen y fomentan la

desmoralización, y con ella el desprecio por la carrera de las armas, cuya misión genuina impone tantos sacrificios por la patria. Ese estado social es el que ha dado al patriotismo el sobrenombre de *fanatismo*, á la obediencia de las leyes y al sentimiento del deber el de *servilismo*, y á la fé religiosa ó política el de *retroceso*: ese estado social es el que ha logrado extinguir, en fin, todo cuanto hay de noble y elevado, de leal y desinteresado. Obsérvese y examínese de cerca á la Alemania, ántes de la guerra y en el curso de ella; compárese el estado moral de los dos países y conven-gamos en que la Francia, si quiere ser justa con ella misma, no podrá ménos de reconocer los errores que acaba de pagar á tan alto precio. Preciso es volver, la época lo aconseja, á las austeras virtudes republicanas; comprender, y hacer comprender, que cada cual se debe inexcusablemente á la defensa de su país, que el ejército significa algo más que la reunión de unos pobres seres desgraciados, que, por dinero, consienten en que se les mate, y entónces no habrá oficial que no se sienta orgulloso de su uniforme, ni deje de portarlo con la más justa satisfacción.

La segunda causa, toda de conveniencia personal, lo hemos dicho ya, proviene de que el uniforme es incómodo y dispendioso. El hábito militar, creado exclusivamente para los usos de la guerra; ese hábito del cual no es permitido desprenderse durante tantos meses, en una campaña prolongada, debe ser cómodo y sencillo. Usad, si lo deseais, de una cierta elegancia, ella no se opone á la observancia de esas dos condi-

ciones esenciales; pero evitad todo lo supérfluo, y sobre todo el lujo.

A propósito de esto, séanos permitida una observación: tratándose de un pueblo tan ligero como el francés, ¿no es de temerse que se extinga, ántes de mucho, la memoria de la sangrienta lucha porque acaba de pasar? No le convendría un signo palpable, que recordara á la actual y á la futura generacion las terribles peripecias de la segunda invasion? Ese signo podría consistir, por ejemplo, en un uniforme *enteramente negro*, comun á todas las armas. Ello, por otra parte, no es una novedad: Federico Guillermo, duque de Brunswick, en la batalla de Auerstaedt, vió á su padre vencido y muerto. Profundamente afligido de las desventuras de su patria, el duque, á quien los alemanes llaman "el duque negro," resolvió vengarla. Desde 1809, cuando la Alemania entera temblaba bajo el férreo yugo de Napoleon, se organizó por su orden un cuerpo de voluntarios, destinado á una corta campaña, cuyo episodio principal fué la toma de Halberstad, arrancada á las tropas westfalianas.

En memoria de los infortunios de 1806 el duque decretó un uniforme enteramente negro, con una calavera superando el tocado. Las tropas de Brunswick han conservado, hasta 1870, ese lúgubre hábito, como una inextinguible memoria del duelo de 1806, el cual, con las últimas victorias en el territorio francés, debía darse por terminado. Continuemos el curso de nuestras observaciones.

La antigüedad marca invariablemente el orden de los ascensos entre los tenientes de un regimiento. Los

capitanes son promovidos al rango de oficiales superiores, de acuerdo con la antigüedad obtenida en cada arma del servicio, y en cada cuerpo del ejército. Un olvido intencional en el ascenso de un oficial, es una advertencia que le pone en el caso de solicitar en el acto su retiro, con la pension á que tenga derecho su rango, su antigüedad y sus servicios. En tiempo de paz son raras las promociones, exceptuándose, sin embargo, los príncipes de la familia real. Toda promoción requiere la calificación previa del Estado Mayor, como responsable de la aptitud y los merecimientos del agraciado. Los mayores no pueden nunca, ni en tiempo de paz, ni en el de guerra, alcanzar el empleo de coronel, sin haber ántes pasado por el de teniente coronel. Los mariscales y los generales mas antiguos toman el mando de un ejército; los generales modernos un cuerpo de ejército; los tenientes generales una division, y los mayores generales una brigada. Hay circunstancias en que este orden se altera en el curso de una campaña, pero se evita hasta donde es posible.

El contacto del oficial con el soldado es tan inmediato profesionalmente, como distante en el orden social. El deber del oficial es instruirlo, presidir las lecturas, vigilar y dirigir todas sus acciones. Durante la rigurosa estacion del invierno, los oficiales de las compañías turnan por las tardes en las lecturas sobre el arte de la guerra, historia militar, topografía, etc., y esto contribuye poderosamente á crear y arraigar ese espíritu del soldado prusiano, que lo hace siempre dueño de su profesion.

Cada oficial regimental ó departamental recibe del pagador sus haberes adelantados; con las deducciones reglamentarias para pago de sastre, zapatero, lavado, fondo de viudas, música, etc.

Hay en cada regimiento un comité encargado de decidir todas las cuestiones personales y, en general, los diversos casos en que el honor ofendido se halla de por medio. El oficial no puede provocar, ni admitir un duelo: al comité es á quien toca resolver y su decisión es concluyente.

La posición social de los oficiales difiere mucho, según los cuerpos á que pertenecen. Los de guardias reales y otros regimientos *d'élite* son excesivamente aristócratas: en los de línea hay muchos que se distinguen por su vasta instrucción, su exquisita educación y un gusto especial en el vestir. Estos son los que se hacen más notables y los mejor acogidos en la buena sociedad prusiana. Jamás se apartan del uniforme, y para llevar el traje civil, á lo cual son muy poco inclinados, necesitan un permiso especial en que se expresa el tiempo de su validez. Los coroneles, por su parte, repugnan la concesión de estas licencias anti-militares.

El honor, en su más lata expresión, preside rigurosamente todos los actos del servicio y norma la conducta civil del oficial. Solo la sangre puede lavar una ofensa, por leve que sea, tal como la de manifestar poco miramiento al uniforme. Una alianza desigual, un solo paso que afecte la escala social, imposibilita la continuación en la carrera, y si el oficial no se anticipa á dimitir su empleo, se le invita á que lo haga cuánto antes.

Por regla general, casi todos ellos son casados y los que no lo son, tienen, en su mayor parte, alianzas comprometidas; pero ántes de contraer estado, hay necesidad de probar que se cuenta con los medios necesarios de sostenerlo. De los solteros los más viven en habitaciones alquiladas, y, con pocas excepciones, comen reunidos en los llamados "*Offizier's fisch*," en donde se les sirve una buena mesa por el módico precio de veinte y cinco centavos. La ventaja de esta costumbre se advierte en la fraternidad, siempre juvenil y festiva, que reina en medio de esos grupos de guerreros, buenos soldados, á la vez que buenos músicos y poetas. En sus gastos son mesurados y discretos, y así es como muchos de ellos logran formar un fondo de retención, que con el tiempo arriba á una suma no despreciable.

Las recientes campañas han ocasionado, naturalmente, un diluvio de ascensos y recompensas; y esto explica, por qué el extranjero apercibe tan á menudo á tantos jóvenes imberbes, cubiertos de condecoraciones honoríficas, y en graduaciones que no parecen corresponder á su actual edad.

En cuánto á licencias temporales, cada oficial tiene derecho á seis semanas por año, en estos términos: quince días entre el invierno y la primavera; tres semanas en el verano, entre los ejercicios de esta estación y los de otoño, y el resto entre las maniobras de otoño y el invierno. El interregno entre cada estación del año militar, siendo doble al del período ordinario, da lugar á que en ese tiempo lo ménos la mitad de la oficialidad se halle con licencia. En algunos casos, re-

putados graves, se puede obtener una licencia por dos ó tres años; pero la comprobacion de dichos casos requiere un sin número de requisitos.

La etiqueta, aún entre oficiales subalternos, es en extremo rigurosa é imperdonable. El saludo, no importa que no se conozcan, ó que pertenezcan á distintos cuerpos, es una fórmula que nadie se atreve á quebrantar. En presencia de un superior, de teniente á capitán, por ejemplo, el saludo es mas cortés y respetuoso, y ninguno de los inferiores puede tomar asiento, sino despues de invitado córtesmente por el superior, y que este lo haga ántes que los otros. Estas demostraciones tienen que ser tanto mas reverentes, cuánto mas elevada sea la categoría del superior. Los jefes, por su parte, no se dispensan nunca de las reglas de la cortesía con sus subordinados; y aún se muestran mas esmerados fuera de los actos del servicio, en que la gravedad de la disciplina cede el puesto á la buena educacion, y á la cordialidad del caballero. Los subalternos se pagan mucho de esto, y no olvidan jamás esas lecciones de urbanidad; pero el trato familiar no entra por nada en las costumbres del ejército prusiano: un inferior jamás se dirige á su superior, sino es pronunciando su título ántes que todo. El sistema será muy riguroso, si así lo creen algunos; pero gracias á él se ha arribado á la reconstruccion del imperio de Carlo Magno, despues de una série de victorias, sin paralelo en la historia de los tiempos modernos.

Veamos ahora, á vista de pájaro, las costumbres que prevalecen entre la oficialidad francesa.

EL OFICIAL FRANCÉS.—La posicion social del oficial francés, se halla basada sobre el principio de la vida en comun, en el sentido mas lato de la expresion. Los oficiales viven siempre reunidos y comen en una misma mesa en sus pensiones, y en un salon especial los de la guardia. Los oficiales solteros están obligados á cumplir exactamente con esta inveterada costumbre. Lo primero que se hace, al tomar cuarteles en una nueva guarnicion, es emprender una contrata con el fondista que ofrece mejores condiciones, disponiéndose en seguida los alojamientos destinados á jefes y oficiales, y las mesas para sus comidas en localidades separadas, segun el rango y cuerpos á que pertenecen, de modo que en una misma mesa solo pueden reunirse los oficiales de igual categoría y del mismo regimiento. Esta separacion ha tenido por objeto, dar á las clases la oportunidad de expresarse con libertad en sus reuniones, aún sobre materias de disciplina, sin el embarazo de la presencia de un superior, que pudiera suscitar disgustos, ó ejercer una presion intolerable en los actos fuera del servicio. Despues de la comida, los oficiales se reúnen en el salon de billar, en donde toman el café y leen los periódicos. Las conversaciones en ese punto de reunion son tan libres, que parece que en llegando á él, las diferencias de los grados desaparecen. Todas las materias salen á discusion, sin exceptuar las que mas de cerca tocan al gobierno, y á los personajes de la administracion pública. Es de advertir, que entre la oficialidad el Soberano es admitido como el jefe supremo, pero nunca como el héroe del ejército. De ese modo, que al rigor de la disciplina ale-

mana parecería demasiado irregular, los oficiales franceses tiene ocasion de dar expansion á su festivo buen humor, con alusiones mas ó ménos vivas que excitan su hilaridad: este es el alimento del carácter nacional, siempre sarcástico y caricaturista; sin ese elemento, fuera de las horas del servicio, la vida sería un fardo para ellos, y tal vez por esto se permiten á sus tertulias de la sala de billar ciertas libertades, que no osarían tomarse en otra parte. Entre ellos mismos, sin embargo, se evitan toda clase de conversaciones que pudieran turbar su buena inteligencia, prevaleciendo la opinion, de que la buena amistad y el afecto recíproco, constituyen uno de los elementos mas fuertes de un gran ejército. Una prueba de esto es, que un duelo entre oficiales se reputa como un caso extraordinario.

Fuera del servicio, es decir, con licencia ó en disponibilidad, el oficial vive con sus superiores en términos de igualdad, á quienes, sin embargo, trata siempre con señaladas muestras de atencion, lo cual no le despoja de sus opiniones particulares, ni del derecho de discutir las. Al contrario, se suscitan á veces ciertos debates acalorados, sin que el superior se aperciba de su grado, ni el inferior se afecte por el suyo; pero por lo regular nunca dejan de observarse las buenas maneras, ni se va demasiado léjos en cuestiones tocadas por incidencia, ó porque son de actualidad. Esto es en cuánto á la política, pues la disciplina no se discute en ningun caso, ni en ninguna parte.

GENDARMERÍA.

La gendarmería territorial, compuesta únicamente de sub-oficiales, se halla destinada al servicio de la policía y depende del ministerio de la guerra, sin dejar por esto de obedecer á las autoridades competentes y al ministerio del interior. Su fuerza consta de 60 oficiales, 3,220 gendarmes, de los cuales 1,613 montados, y se subdivide en 11 brigadas.

Existe además la gendarmería de *Corps*, que solo hace su servicio cerca del Soberano, y la de los puertos compuesta de los medio inválidos.

Los ordenanzas y los plantones del Estado Mayor son sub-oficiales y soldados de caballería, que se distinguen por un uniforme particular. Cada comandante de tropas, desde el de brigada, tiene derecho á un ordenanza. En caso de movilizacion, ellos forman las bases de las guardias del Estado Mayor, cuyas funciones son idénticas.